



Algunas Cartas de Juan A. Alberdi

Edición al cuidado de Alfonso Buñes, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1967.

Al tomar en las manos este pequeño volumen de cerca de ochocientas páginas, ha de resquebrajarse los ojos al leer pensando haber visto mal. ¿Es verdad que está impreso en Santiago? ¿No habría sido más razonable que la edición de semejante obra se realizara en la República Argentina? Y no el libro fue estampado en Santiago, y lo auspiciaba un historiador chileno, Alfonso Buñes, miembro de la Academia Chilena, como se lee en la cubierta del impreso, y también presidente de la Academia de la Historia, en años anteriores.

El señor Buñes, por lo demás, ha llevado su esmero mucho más lejos. En el autor de un detenido estudio titulado sencillamente *Prólogo*, que cubre 82 páginas, y donde se cuenta todo lo que el lector necesita saber sobre aquel epistolario, su autor, su destinatario, etc.

El resultado, el hecho es que las cartas fueron despaquetadas por Alberdi desde su salida a Chile, en 1836, a su compañero, amigo y apoderado el doctor don Francisco Javier Villanueva, quien se había quedado en Valparaíso. El tipo de destino es siempre, pues, el mismo: el de origen cambia. Alberdi viaja por Europa, y va sobre todo de París a una pequeña ciudad francesa del Norte, en donde el clima le resulta agradable, y de un sitio y de otro envía a su correspondiente, con regularidad extrema, las cartas aquí recogidas. Se trata de 419 misivas en total, la última con fecha Buenos Aires y 25 de Mayo de 1841. Poco tiempo después, Alberdi moría.

En el prólogo a que se ha hecho referencia, el señor Buñes menciona mi nombre y me hace objeto de un verdadero homenaje al decir que yo he tenido alguna participación en la publicación del libro. Se me preguntará por eso desenterrando un poco en el asunto.

Hace ya muchos años al decir al señor Buñes que guardaba en su poder una cantidad grande (no la determinaba) envenenada de cartas enviadas por Alberdi al doctor Villanueva, quien es ahora de su esposa. El dato me pareció interesante, y le pregunté si procuraba publicarlo. Me respondió que por cierto había pensado en ello, pero que para fomentar la publicación era previa la copia. Convencido con él en esto, y hasta aquí quedó entonces el asunto. Algún tiempo después el señor Buñes fue nombrado Embajador de Chile en Lima, y yo mismo hubo de acercarme a los Estados Unidos. Dejamos, en consecuencia, de vernos, y nada supo del tema de las cartas de Alberdi. A mi regreso de Estados Unidos tuvimos, oportunidad de vernos otra vez, y le presenté por el epistolario. Ya el señor Buñes la había copiado y estaba corrigiéndola para disponer el manuscrito con destino a la imprenta. Sobrevinieron entonces enojosas diligencias de edición en la República Argentina, las cuales fueron todas infructuosas. Dices que hay allí importantes grupos que nada quieren saber de Alberdi, y tales y tan poderosos que habría sido imposible pretender la publicación del libro. Es posible: me limita a repetir, en los términos más generales, una especie oída más de una vez en Buenos Aires, y no deseo comentarla.

El hecho cierto es que un día Alfonso Buñes se cansó de aquellas diligencias y creyó, en resumen, que el epistolario se iba a quedar inédito. A mí el asunto me produjo rubor. ¿Era posible semejante extremo? Le dije entonces al señor Buñes que la Secretaría Jurídica de Chile, que puede emplear cuando lo necesite el nombre de Editorial Andrés Bello, era una institución absolutamente imparcial, en donde ninguna de las consideraciones que le habían hecho a él en la Argentina sobre Alberdi podría tener el menor peso. En suma, el original fue sometido a la consideración del consejo de aquella entidad editora, y ese consejo lo admitió. Mi intervención había podido cesar así; pero siguió algo más.

El señor Buñes tuvo la gentileza de confiarme el original, ya lo lei y me permití sugerirle la conveniencia de llenar algunas cosas. La letra de Alberdi es cuando cabe de difícil, y aunque el estado de conservación de las cartas es perfecto, en algunas partes era muy difícil descubrir lo que el autor quisiera poner. Esto me llevó a un trabajo de cotejo y de interpretación bastante denso. Todas las cartas pasaron por mis manos, y fue necesario consultar enciclopedias y otras obras para resolver algunas dudas. Pueden quedar varios, si ninguna obra humana es perfecta; pero se han cuanto era posible para que el lector leyera sin obstáculos.

Basta de hablar de cosas personales. Veamos ahora el resultado, el fruto de aquel esmero laborioso y reiterado del señor Buñes para dejar en claro los papeles heredados de padres a hijos en el culto hogar del doctor Villanueva.

Soy el primero en admitir que este Epistolario cula con la historia de la nación argentina, tanto más cuanto que con las luchas de organización y ideas menudencias de la política bonaerense las que araparan mayor parte del espacio. Pero Chile aparece también, de vez en cuando, envuelto por Alberdi y aun elevado en todo lo que lo hacía entonces, como nación, diferente de los demás territorios de la América española; la cordura, el amor a paz, la necesaria subordinación de los libertos a los cultos, el trabajo esforzado, el constante empeño de las clases gobernantes por ir ilustrando progresivamente a todo el pueblo. Entre rasgos los subraya el señor Buñes en su prólogo (p. 63), citando los pasajes en donde Alberdi se pronuncia.

Aceptado, pues, que las confesiones de Alberdi a lo largo de cincuenta años tienen más aplicación a la vida argentina, está preguntarse qué destino cabrá a este singular Epistolario. No creo que conforme sus leyes y noticias sea necesario escribir de nuevo la historia de la nación argentina en aquellos años (presidencias de Sarmiento y de Mitre, guerra con el Paraguay, etc.), pero sí que será posible ya, en toda suerte de estudios históricos, contemplar el pensamiento latente de Alberdi, que había quedado ignorado y oculto. Y aclarará aquí a (¿qué) algo de la psicología de Alberdi, que bien merece una figura ajada. ¿Por qué ese hombre tan bien dotado para algunas de las funciones rectoras de su patria no accedió a nada? Debe notarse que de los argentinos esgruidos bajo la tiranía de Rosas dos llegaron a ser presidentes, es decir, jefes del poder ejecutivo, los dos ya mencionados, y que otros ocuparon situaciones muy importantes, en la educación, en la prensa, en el parlamento, en el gobierno, en la diplomacia. Alberdi, autor de una constitución política que rigió a su patria durante cerca de un siglo e inspirador de docenas de hombres públicos a quienes los azares de la situación comprometieron largamente, fue desplazado algunos años, y en seguida hubo de quedarse a la vera del camino, viendo desfilarse los sucesos...

Ya no tengo respuesta para estas interrogaciones, pero creo que un conocedor de la vida de Alberdi, armado con esta masa documental que se le ofrece en el Epistolario, podría ya intentarlas. Pienso sobre todo en el doctor Jorge M. Mayer, quien no contento con haber publicado en años pasados una voluminosa vida de Alberdi, está preparando una segunda edición de la misma y que ha hecho un verdadero apostolado del estudio de su personaje, sobre el cual sigue acumulando sin cesar nuevas informaciones. Me apresuro a decir que el doctor Mayer es todo un historiador, de manera que ese material lo maneja en forma metódica e imparcial. No pretende reivindicar el nombre de Alberdi, sino sólo hacer luz en la vida y en la obra de su héroe. A investigador de su calibre, este Epistolario ha de servir muy bien para avanzar en sus estudios. Debo añadir, también, que el doctor Mayer me ha contado que las cartas de Villanueva a Alberdi, que caían con el Epistolario ya publicado, existen en la Argentina, en un archivo particular, y podrían eventualmente editarse.

Creo, en fin, que la publicación de este libro, en donde más de ochocientas cartas van dando la pulcra de la vida de un hombre ilustrado, culto y pendiente, siempre de los destinos de su patria, hará indispensable la publicación de las cartas del correspondiente. Sería en realidad harto extraño que en Chile se hicieran libros de esta envergadura, y no en la nación a la cual están dirigidos y en cuya suerte están interesados. Porque no será inoportuno repetir que varias tentativas hizo el señor Buñes para publicar su original en la República Argentina, en donde verdaderamente podía encontrar más, y que todas fracasaron. La consigna de silencio en torno al nombre de Alberdi parece haber sido ahora rota. Los días venideros dirán si efectivamente se rompió o si el Epistolario de 1836 a 1841 que hemos comentado, sigue otra etapa de silencio y de olvido.

Raúl Silva Castro,
de la Academia Chilena.

669289

Algunas cartas de Juan A. Alberdi [artículo] Raúl Silva Castro.

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Algunas cartas de Juan A. Alberdi [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile